

EL HOMBRE QUE AMABA A LOS NIÑOS



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

TÍTULO DE LA EDICIÓN ORIGINAL EN LENGUA INGLESA

*The Man Who Loved Children*

*Primera edición: junio de 2011*

*Segunda impresión: julio de 2012*

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez  
Imagen de la cubierta: *Papá y mamá*, por Noel Juan Villanueva, 2011

© de la traducción: Silvia Barbero, 2011

© de la introducción: Felipe Benítez Reyes, 2011

Copyright © 1940, © 1968 by Christina Stead. All rights reserved.

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2011

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

[www-pre-textos.com](http://www-pre-textos.com)

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-15297-15-4 • DEPÓSITO LEGAL: V-2024-2012

ARTEGRAF, S.A. TEL. 91 471 71 00

## CAPÍTULO 1

### 1. HENNY LLEGA A CASA

Todos los sábados de junio por la tarde los hijos de Sam Pollit le esperaban alertas mientras patinaban por las veredas terrosas y por el viejo asfalto resquebrajado de R Street y de Reservoir Road, que rodeaban los acres densamente cubiertos de verdor de Tohoga House, su casa. No les estaba permitido correr atropelladamente por las calles, pero Sam estaría fuera hasta tarde con sus amigos los naturalistas, buscando lagartijas y salamandras por los alrededores de los peñascos del río Potomac; Henrietta, la madre, se hallaba en la ciudad y Bonnie, la joven tía y muchacha para todo, tenía la tarde libre, así que los niños estaban encomendados a la vigilancia de Louisa, su hermanastra, una niña de once años y medio, la mayor de la prole. Severa y temerosa cuando sus padres se encontraban en casa, Louisa se transformaba en una persona condescendiente cuando ejercía el mando único, y disfrutaba al oír desde lejos los gritos de los niños mientras ella leía, tumbada boca abajo, al fondo del huerto o mientras deambulaba ociosa por la casa.

El sol descendía entre arrecifes de nubes en los bosques de Virginia. Una rana croaba y el aire iba volviéndose húmedo. Desde ángulos distintos, los jóvenes sudorosos vieron llegar a la madre, cargada de paquetes, que había vuelto en el tranvía de Wisconsin Avenue. Corrieron a su encuentro en sus patines chirriantes y la escoltaron hasta la casa, ensayando figuras a su alrededor, zigzagueándola y lleván-

dola de aquí para allá, sujetándola por la falda, alegres, a pesar del enfado decoroso de la madre.

—¡Vuelvo a casa y os encuentro corriendo por las calles como locos!

Entraron en tropel, llenando la casa de arena, de suposiciones, de preguntas, de leyendas relativas a otros niños y de planes para el día siguiente. Louie, que de repente se había acordado de las patatas y de las judías verdes, se escabulló y entró por la puerta trasera. Henrietta recogió una carta que había en el recibidor, una carta dirigida a ella, a la “Señora de Samuel Clemens Pollit”, y la abrió con premura, con una media sonrisa, murmurando: “¡El muy tonto!”. Entró en el alargado comedor para leerla, mientras Saul, técnicamente el mayor de los gemelos de siete años, se colgaba del respaldo de una silla y le preguntaba:

—¿De quién es, mamá? ¿De quién es?

Entretanto, su hermano gemelo, Samuel, de pelo pajizo, a la vez que intentaba arrebatarle el bolso a su madre, le preguntaba:

—¿Puedo mirar en tu bolso? ¿Puedo mirar en tu bolso? ¿Me dejas?

Cuando escuchó por fin lo que le decía su hijo, soltó el viejo y desgastado bolso de cuero y continuó leyendo, sin prestar la más mínima atención a los gemelos, que hurgabán, muy excitados, entre las llaves y los cosméticos de su madre, ni a Ernest, su primogénito de diez años, quien, después de contar el dinero y juntarlo en pequeños montones, dijo con aires de sabio:

—Aquí hay dos dólares y ochenta y dos centavos. Mamá, antes de irte tenías cinco dólares, dieciséis centavos y un sello. ¿Qué has comprado?

Los niños oyeron que Louisa llegaba dando gritos: “¡Té caliente! ¡Té caliente! ¡Dejadme paso!”, y encogieron unos

milímetros sus nalgas. Louie se abrió camino cuidadosamente a través de ellos, sujetando un tazón de té que colocó delante de su madrastra.

—¿Ha venido o ha telefoneado alguien?

—Han traído la pintura, mamá —comentó Louie, que se detuvo en la puerta—. Está en el lavadero.

—¿Va a empezar a pintar y a poner todo patas arriba mañana?

Louie no le contestó y se escabulló con lentitud.

—Mamá, te has gastado dos dólares y treinta y cuatro centavos. ¿Qué has comprado?

—¿Qué hay en este paquete, ma? —preguntó Evie.

—Dejadme en paz. Sois peores que vuestro padre.

Henrietta se quitó los guantes y empezó a tomarse el té. Aquel era su sillón, el que todas las visitas ambicionaban. Era recto pero cómodo, no muy bajo, y estaba colocado entre la ventana esquinera y el banco tapizado que ocupaba la pared oeste. Los niños se sentaban alineados en el banco y se quedaban embelesados al escuchar las historias que contaban las visitas, que siempre daban la impresión de hallarse incómodas, todas ellas integrantes del bando de las víctimas de las casualidades y de los vaivenes del vivir, riéndose de chistes idiotas de manera grosera e imprevista y escupiendo tontas frases hechas. Con todo, se consideraban importantes, y daba la impresión de que los acontecimientos les salían al paso en cuanto pisaban la calle. Tenían familiares con quienes discutían y parejas a las que susurraban. Tenían dientes postizos, llevaban gafas y se habían sometido a operaciones. Los niños se sentaban allí, mirando boquiabiertos y tragando saliva, hasta que Henny les preguntaba bruscamente:

—¿Estáis cazando moscas?

Por el contrario, cuando Henny se acomodaba en su sillón todo estaba en orden y parecía que no había nadie más en la casa. Era como un viejo y grato cuadro sombrío que hubiese estado colgado de una pared a lo largo de varias generaciones. Siempre que Sam salía, en especial por las tardes, Henny se sentaba allí, cerca de la cocina, para poder servirse sus tazas de té caliente y vigilar lo que quiera que estuviese cocinando. Los niños, que entraban corriendo en el comedor al volver del colegio o tras pasar un rato en el huerto, se la encontraban callada, enjuta, cansada, rodeando la taza de té con sus manos venosas color aceituna y de dedos largos en busca de calor, o haciendo punto, deslizando las agujas entre la lana, cuando tejía gorros y zapatillas para ellos, a los que siempre imaginaba en un mundo lejano. Entonces se alegraba y les decía con su tono elegante, aniñado y pasional: “Ni padre ni madre ni perro que ladre” o “Con su cola inmensa, vestido de gris, busca la despensa de cualquier país. ¿Qué es?”. Cuando formulaba adivinanzas, solía sonreír con gesto arrogante, aunque todos y cada uno de los niños conocían la respuesta, ya que el repertorio de adivinanzas de Henny era muy reducido. Pero todos aquellos sucintos y adorables galimatías sólo eran formulados cuando el padre no estaba en casa.

En otras ocasiones se la encontraban afeada, con el pelo recogido y las gafas puestas, inclinada sobre un mantel blanco de lino con manchas de café (blancos: no los tenía de otra clase, ya que opinaba que los de colores eran *vulgares*), zurciendo agujeros o asegurando el encaje de alguna de las colchas que se había traído como herencia de Monocacy, su antiguo hogar en Baltimore. Entonces refunfuñaba: “Como os quedéis ahí parados mirándome, os voy a dar una que vais a salir volando” o “No me pongáis la cabeza como un bombo con las dichosas serpientes: trae mala suerte tener serpientes, y para colmo él se las queda luego como mascotas”.

En aquel momento, Henny mandó a la pequeña Evie a que fuese corriendo por la crema de manos y la lima de uñas, mientras ella se examinaba, descontenta, sus fabulosas uñas de ágata, quejándose de las motas que se apreciaban en ellas y de la media luna dañada:

—No sé por qué voy a esa mujer de la galería comercial. Me corta demasiado la cutícula.

—¡Ma, tienes pompas en el té! —exclamó Saul con alegría.

—Sí, eso es bueno —le dijo ella y, con mucho cuidado, recogió con la cucharilla el círculo de espuma y se lo llevó a la boca, pero la espuma se deshizo, lo que provocó que lanzase un grito de fastidio—: ¡Ah! ¡Vaya! Se esfumó.

Bebía en una taza que el padre vio en una tienda de objetos de segunda mano cercana a P Street y que obligó a los niños a que se la compraran a su madre como regalo por su último cumpleaños. Era una vieja y pesada taza de porcelana en la que se leía, rodeada de ramos de rosas, la palabra “Madre”.

Henny, sentada con la carta en el regazo, parecía estar soñando. No era una persona vivaz y nerviosa, como sí lo eran los Pollit, la familia de su marido, de quienes decía: “Siempre se comportan como pollos a los que han cortado la cabeza”. Permanecía inmóvil, con una languidez elegantísima, salvo para pasar el dedo por el dibujo de damasco del mantel o para cambiar de postura, apoyar la cara en la mano y quedarse con la mirada perdida, una costumbre corriente que, sin embargo, resultaba muy teatral en ella a causa de su enorme y brillante globo ocular y de sus cejas finas y muy curvadas. Parecía una grulla en la cuenca de un río, con una pata encogida, escuchando. Solía quedarse ensimismada mirando algo y, de repente, cerraba los ojos. El niño que la observaba (siempre había uno observándola) no veía nada, excepto el enorme globo ocular en su guante de carne, pro-

fundamente hundido en aquel hueco arrugado del cráneo, en torno a su círculo oscuro, y la ceja mucho más alta, mientras que toda su piel, sin el eje brillante de su mirada, se mostraba en su tonalidad verdadera: aceitunada y oscura. En tales ocasiones, su presencia imponía: su silencio profundo, el dibujo amargo de su boca descolorida, su nariz irregular y delgada de tahúr, con el desdén manifiesto en las aletas, que le alargaba aún más el óvalo afilado de la cara y que le tensaba las arrugas. Entonces, cuando abría los ojos, emergía súbitamente una mirada de odio, de horror, de ira o de desprecio. Los niños (eran unos niños muy buenos, según la opinión generalizada) se acercaban con sigilo y, para no molestarla, se ponían a su lado y le preguntaban si, por ejemplo, podía venir White, alias *Blanquito*, o alguna cosa por el estilo, y ella empezaba a gritarles: “¿Por qué os acercáis a mí de esa manera? ¿Me estáis espiando como vuestro padre?” o “¡Fuera de mi vista antes de que os dé un sopapo, peleles!” o “¿Por qué queréis asustarme? ¿Os hace gracia?”

Otras veces, como en aquel momento, se quedaba sentada con la mirada errante por la habitación, yendo de la moldura polvorienta al volante rasgado de la cortina, de un clavo debajo del travesaño, olvidado desde la última Navidad, a un trozo desgastado en el suelo de hule que había junto a la puerta, ajado por su sometimiento a miles de pequeñas pisadas, aunque sin mostrarse preocupada por nada de aquello, sino considerando cada una de aquellas cosas como algo muy conocido, con un sentimiento casi afable hacia ellas de familiaridad, casi interesada por ellas, como si estuviese calibrando de nuevo cómo arreglar aquellas cosas cuando la lasitud se disipara y el té y el reposo le infundieran energía.

Henny nunca había vivido en un apartamento. Era una mujer chapada a la antigua. Disfrutaba de la tranquilidad que concede la costumbre. Perteneía a aquella casa y la casa



le pertenecía a ella. Aunque era de su propiedad, se sentía prisionera entre sus paredes. Ella y su casa eran su matrimonio. Ella moraba dentro de cada piedra, de cada tablón de madera. Cada pliegue de las cortinas tenía un significado (quizá estaban plegadas de determinada manera para ocultar un zurcido o una mancha). Cada habitación era una ampolla de revelación dispuesta a verterse a lo largo de alguna noche febril en los laboratorios secretos de sus decisiones. Habitaciones repletas del cáncer activo de los insultos, de la lepra de los desencantos, de los abscesos de rencor, de la gangrena del nunca más, de la fiebre quintana del divorcio y de la propagación del sufrimiento, de llagas supurantes y de costras espesas, para las cuales (y no para sus celestiales deleites) la carne del matrimonio está tan profundamente velada y conventualmente recluida.

Cuando Henny se sentaba frente a su taza de té y el vapor ascendía, al tiempo que la espuma traicionera se desplazaba, irrecuperable, hacia los bordes del recipiente, los miles de tormentas de su vida confinada iban elevándose ante ella como visiones aligeradas en el vapor. No se reía ante el dicho “Una tormenta en un vaso de agua”. Unas palabras estentóreas y crueles a propósito de cinco centavos malgastados resultan tan serias para una mujer como lo es un debate sobre el presupuesto bélico en el Congreso: toda aquella guerra civil que duraba ya diez años bramaba dentro de las palabras humeantes cuando se las gritaban, enfurecidos, el uno al otro; todas las serpientes del odio siseaban en ellas. Las paredes de las celdas exhiben los testimonios rimados de los presos; de igual manera, aquella casa exhibía la condena a perpetuidad de Henny, invisible pero densa como una estructura intrincada. Se sentaba a hacer solitarios. El sol vespertino brillaba sobre los naipes y las baldosas verdes y rojas del suelo de linóleo. Cuando Sam no estaba en casa, si Henny

se encontraba intranquila, echaba mano de las cartas y las barajaba haciendo un sonido parecido al de una ametralladora en la lejanía. Y se inquietaba y volvía a barajarlas, y empezaba a extenderlas con ansiedad, de cuatro en cuatro. Todos los niños la observaban y le indicaban dónde ponerlas, hasta que ella les decía con muy buen humor:

—¡Vale, largaos y meted la cabeza en una bolsa!

Y le enseñaba a Louie a jugar, advirtiéndole que nunca las tocara cuando su padre estuviese por allí. Eso era todo.

Sam trataba de transmitir todos sus conocimientos a sus hijos y se quejaba de que la *madre* no les enseñase nada de nada, aunque lo cierto era que la influencia de ambos sobre su prole, tanto niños como niñas, era idéntica. Los niños aprovechaban los trucos y las ideas que iban aprendiendo según las necesidades del día, sin pararse a pensar quién se las había transmitido y sin mostrar gratitud alguna por el origen de la obtención, y, comoquiera que Henny se dio cuenta de aquella circunstancia, optó por no calentarse la cabeza a causa de sus hijos. Ella misma pertenecía a una estirpe de usurpadores. Henny también echaba la buenaventura con las cartas, a la hora del té, aunque jamás a los niños. Mientras repartía las cartas para leerle el futuro a la tía Bonnie (la hermana de veinticinco años de Sam y criada para todo, sin sueldo) o a la señorita Spearing (la amiga solterona de los años colegiales de Henny), solía empezar a contar una epopeya maravillosa sobre cómo llegó a la ciudad, “más muerta que viva y con sólo diez centavos en el monedero, con ganas de reventar una caja fuerte”, y cómo, en el tranvía, había “un hombre que era una especie de gamba asquerosa que me daba mala espina y que se dejó caer adrede sobre mí y me presionó el pecho, y una mujer vulgar y corriente, un ogro, grande como un hipopótamo y con el trasero enorme, que tenía una sonrisa burlona de tiburón y que

le tiraba los tejos al hombre lanzándole miraditas...”, y aquella maravillosa aventura se prolongaba durante horas, añadiéndole nuevos personajes que eran siempre un nuevo horror. En ella, invariablemente, había una mujer con una expresión vacua, una chica que tenía pinta de estar igual de asustada que un conejo, un espantajo rubio con el pelo como un almiar electrizado, alguna mujer que aburría a Henny con su cacareo absurdo, jovencitas descaradas y volubles detrás de algún mostrador, camareras que olían a curtiduría (o a pescadería) y que le daban palique, lo que hacía que ella se integrara también en aquel ambiente, inesperadamente. Había hombres y mujeres, gente a la que conocía desde hacía tiempo, o amigos de Sam que daban por hecho que eran amigos de ella y a los que ella desairaba, o les daba de lado, o los saludaba con una gélida inclinación de cabeza, o les dedicaba un protocolario buenos días, o les lanzaba una mirada asesina o les ponía cara de pocos amigos. Había también viejos gallos idiotas, criaturas perdidas como patos moribundos en medio de una tormenta, viejos desagradables y obscenos, y pollos enfermos pertenecientes a la Asociación de Jóvenes Cristianos, y mujeres delgadas como las vías del tren y hombres gordos como cerdos, y mujeres con blusas tan infladas que daban ganas de clavarles un alfiler, y hombres que parecían cargadores de carbón y mujeres que parecían lechugas hervidas, y mujeres que se habían caído dentro de un barril de harina. Y todas esas criaturas fabulosas que plagaban las calles, las tiendas y los restaurantes de Washington, comiéndose entre sí con los ojos, mirando con lascivia, tirando de cosas, dando empujones, apestando, sobreperfumadas, gritando y alardeando, que palidecían al recibir una mirada ceñuda de Henny, que agachaban la cabeza y se hundían, que se escabullían para luego reaparecer, eran las únicas criaturas que Henny veía siempre.